

EL PAPADO Y LA HUGONOTADA

He aquí otro espeso puñado de cieno arrojado sobre la respetable figura del Pontífice Romano, la cual surge impoluta del tamiz de la crítica histórica, sin que la saña de sus irreductibles adversarios haya conseguido manchar su alba vestidura con las salpicaduras de la sangre derramada la célebre Noche de San Bartolomé. Veamos de demostrarlo con la posible brevedad.

¿Cuál es el suceso conocido con este histórico mote? Era el 24 de agosto de 1572, día en que la santa Iglesia Católica celebra la fiesta de san Bartolomé, de donde le viene el apodo al espeluznante acontecimiento. Habíase derramado la secta protestante, especialmente la rama Calvinista, por toda Francia, y para mediados del siglo XVI adquirió tal pujanza y poderío, que ponía en constante sobresalto a la Corona y, de rechazo a toda la nación, suscitando agitaciones populares por asuntos baladís, saqueando ciudades y comarcas por un quitamé allá esas pajas, provocando batallas campales por repulgos de empanada y hasta enregando al enemigo común poblaciones fronterizas.

Francia caminaba de tumbo en tumbo, gobernada por un rey tímido e imbécil entregada a los manejos de la Reina Madre, astuta hembra que pasaba por todo a cuenta de salirse con la suya, y agitada a cada trinqueté por los poderosos cabecillas de la secta calvinista, conocedores de la flaqueza de la Corte y dispuestos a no dejar perder la primera coyuntura de colocar en el trono de san Luis a un secuaz del heróje ginebrino. No se resignaban los católicos a perder la partida, siendo como eran mayoría en la nación, y trabajaban por su parte, aunque no siempre con tanta unión y gobierno como sus adversarios, en reconquistar el terreno cedido y en conservar hasta la última pulgada del que poseían a la sazón.

Francia envidiaba la paz interior de la vecina península, mantenida merced a la vigilancia de la Inquisición, porque tres guerras religiosas, la de 1562-1563, la de 1567-1568, y la de 1569-1570, sufridas en el corto intervalo de ocho años, la habían abocado a tal estado de anarquía, que le quitaban todo prestigio en el exterior. Carlos IX formó el plan de desentenderse de la media docena de turbulentos, únicos causantes del malstar general, y el año 1569 el Parlamento ofrecía un premio de 50.000 escudos a quien apresara al Almirante Coligny, jefe del partido calvinista, recompensa que, según promesa del rey, sería donada al esbirro, ora lo trajera vivo, ora lo entregara muerto. Maurevel intentó quedarse con la bolsa, pero sólo consiguió asesinar a un eniente del Almirante.

No debe sorprendernos la confabulación tramada entre Catalina de Médicis y sus hijos, Carlos IX, Margarita de Valois, casada más tarde con Enrique de Borbon, e Isabel, esposa de Felipe II de España, para quitar de en medio a quienes turbaban el reino, pues semejante proceder estaba de perfecto acuerdo con las ideas de asesinato político reinantes en el siglo XVI, cuando los principios de la moralidad social y los de la política Cristiana establecidos por la teología de la Edad Media, habían sido reemplazados por la doctrina laica y semi-pagana del Maquiavelismo, que proclamaba sin embozo el derecho del más fuerte o del más taimado.

Con la paz de San Germán, firmada en agosto de 1570, desapareció esa tirantez entre la Corte y los Protestantes, restablecióse el orden, intervinieron Coligny y los suyos muy activamente en la marcha de la política exterior, despertando con su influencia los celos de la Reina Madre, concertóse el matrimonio de Margarita con Enrique y todo

parecía caminar a la unión, cuando en agosto de 1572 vio frustrados el Almirante sus deseos de declarar la guerra a España y lanzó en pleno concilio de magnates el guante a la Corona, amenazando con guerra intestina, si no se llevaba a efecto la internacional.

A los pocos días se celebraba con pompa inusitada el enlace de Enrique y Margarita y cuatro más tarde disparaba Maurevel, por disposición de Catalina, un tiro de mosquete a Coligny, sin otro resultado que una ligera herida, muy bastante para poner en vilo a todos los protestantes, con evidente peligro de nueva guerra de religión. Como viera la tenaz italiana su castillo de naipes por tierra, no le ocurrió otro escape de aquel callejón sin salida, sino la matanza de todos los calvinistas de Francia, que, en opinión de los políticos contemporáneos, jamás hubicra pasado por la cabecita de la maquiavélica hembra, de haber sido más certero el disparo de Maurevel. Pero, tantas y tan recias amenazas de venganza de los Hugonotes, ofendidos por el asesinato frustrado de Coligny, llegaron a sus oídos, que, víctima del terror, trató de convencer al rey de la ineludible necesidad de la matanza por ella proyectada. Consiguió el asentimiento del abúlico monarca, dióse a los jefes de las tropas reales la orden de cuidarse de los protestantes nobles, encargóse Marcel con el pueblo amotinado de atacar a los que osaran salir a la defensa de los perseguidos y decidióse no dar principio a la hecatombe hasta haber acabado con la vida de Coligny.

A filo de media noche del 24 de agosto, a la convenida señal del toque de las campanas de la torre de san German l'Auxerrois, asaltaron los partidarios de Guisa la casa del Almirante, propinóle Besme certera puñalada, arrojó su cadáver a la calle, colocaron su cabeza en una pica y continuaron la matanza hasta los últimos arrabales de la ciudad, y, en días sucesivos, hasta los confines de la nación. El número de asesinados en París asciende, según el protestante Ranke, a dos mil, y según el Martirologio de los Hugonotes a 15.138 en toda Francia, aun cuando no se hace mención en él sino de 786 muertos.

Hé ahí el suceso narrado con toda claridad. De la verdad histórica se obtienen las siguientes deducciones: 1) que fué una matanza política, cometida en nombre de los inmorales principios del maquiavelismo y cuyo blanco era un partido que inquietaba a la Corte; 2) que no fué premeditada, ni Catalina llegara jamás a ella, si hubiese conseguido deshacerse de Coligny en el atentado de Maurevel. Veamos ahora brevemente las relaciones existentes entre

El Papado y "La Hugonotada."

Siempre y cada vez que hemos tenido la oportunidad de desbrozar alguna cuestión histórica, hicimos notar de paso la necesidad absoluta de colocarse el historiador en el escenario del hecho estudiado, para no cometer la torpeza imperdonable de medir los sucesos con instrumentos impropios, y correr, por ende, evidente peligro de falsear la verdad.

A fines del siglo XVI eran todavía muy deficientes las vías de comunicación, los correos llegaban a su destino cuando podían, la posta venía a ser su más rápido vehículo, aun no soñaban con la invención del telégrafo y dábanse todos por muy satisfechos en el caso de llegar, y cualquiera que fuese la tardanza, la correspondencia a la persona a quien iba dirigida. Inevitable consecuencia de semejante estado de cosas era que en Madrid o en Londres se enteraran de las nuevas de la nación vecina tarde y al revés, y que a Roma llegaran las noticias, relatadas casi siempre según

las conveniencias y miras políticas de las cortes europeas.

Siempre se le había dicho al Papa Pío V que los Hugonotes eran la causa de las guerras civiles de Francia y de las matanzas y depredaciones cometidas en dicha nación, y muy puesto en razón parecía considerarlos como partido de rebeldes que debilitaba y dividía con sus incesantes levantamientos el reino francés, precisamente en momentos tan críticos para la Cristiandad, necesitada de la fuerza de la unión, si se había de acabar con el poderío otomano. Deseoso de establecer la tranquilidad en los dominios del rey Cristianísimo, envió el Papa en 1569 a Carlos IX un ejército de seis mil hombres al mando de Sforza, con el fin de ayudar a las tropas reales en la tercera guerra religiosa, y si la victoria de Jarnac le llenó de regocijo, la paz de 1570 derramó en su espíritu la más viva inquietud. Su talento político comprendía que jamás sería posible la tranquilidad de no terminar con el Calvinismo, y bien claramente lo declaró en carta a los Cardenales de Borbón y Lorena, y en las declaraciones hechas al embajador español don Juan de Zúñiga en 1567, sin que pueda de ellas tomarse pie para suponer la intervención papal en las intrigas de la corte francesa, pues, cinco años antes de la matanza de san Bartolomé, desaprobó terminantemente los manejos de Catalina por deshacerse del Almirante Coligny.

No faltan historiadores que sugieran la idea de que el Cardenal Alessandrino, comisionado por Pío V en 1572 para persuadir a Carlos IX de las conveniencias de formar una Liga Católica contra los Turcos, hubiese tenido algo que ver con los criminales designios de Catalina; pero para convencerse de lo contrario no hay sino tener presente que después de haber hecho los imposibles por evitar el enlace de Margarita de Valois con el protestante Enrique de Borbón, escribió en febrero a Roma un informe que terminaba con estas palabras, saturadas de desaliento: "Abandono Francia sin haber conseguido nada; tanto valiera no haber venido."

Tampoco faltan quienes arrojen la sospecha sobre Salviati, pariente de Catalina y Nuncio de Su Santidad en París por los días de la Hugonotada, haciéndole conocedor de los planes de la Reina Madre; pero aun cuando ésta le había hablado el año anterior de proyectos de venganza, jamás creyó él en su realización, ni participó palabra alguna sobre el caso a Roma, silencio que le reprochara más tarde el Cardenal Como, Secretario de Estado de Gregorio XIII, creyéndole al corriente de los preparativos de la noche de San Bartolomé, de lo cual se justificó tan cumplidamente Salviati, que hace decir al historiador protestante Soldan: "Hay documentos comprobantes de haber ocurrido todos los sucesos relacionados con la matanza de los hugonotes fuera de toda influencia romana, y es muy de notar la admirable conformidad entre las relaciones de

Salviati y las confesiones del duque de Anjou. Por lo tanto, añade, toda teoría de premeditación o de inteligencia con Roma, es ya cuestión mandada retirar."

En mayo de 1572 había fallecido el Papa Pío V. Su sucesor Gregorio XIII recibió el 2 de setiembre las primeras noticias de lo acaecido en París, y algunos días más tarde supose todo por correos especiales que narraron los sucesos a gusto de la corte francesa. Según las relaciones del Cardenal de Borbón, "el Almirante era tan malvado que había conspirado contra la vida del rey, de la reina, y de sus hermanos, y él y todos sus favoritos y secuaces constituían una banda de acéinos." El Nuncio Salviati cantaba un himno de alabanza y de agradecimiento "a su Divina Majestad, porque se complacía en proteger de un modo particular al Rey y la Reina-Madre." El Papa y todos los purpurados formáronse la idea de que el rey Cristianísimo habíase librado de bien tramado complot y que las sangrientas escenas de París eran consecuencia de las rigurosas medidas adoptadas por la corte para librarse de tan temibles adversarios.

Era, pues, conforme a razón, que Roma demostrara su alegría y diera gracias al Altísimo por haber conservado la vida de un Rey, cuya desaparición hubiera acarreado a Francia tan recios trastornos que la incapacitara, por ventura, para luchar contra el Turco, pesadilla a la sazón, de toda Europa. De haberse enterado el Romano Pontífice de la verdad de los sucesos desarrollados en París el 24 de agosto, cuán lejos estuviera de aplaudir la matanza de San Bartolomé, ni ninguna medida de su especie lo demuestra bien a las claras la indignación provocada en Gregorio XIII cuando el Cardenal de Lorena quiso presentar en el Vaticano a Maurevel: "Es un asesino!", dijo el Papa por toda contestación.

Que Pío V condenara las intrigas tramadas contra la vida del Almirante Coligny y que Gregorio XIII se negara a recibir los respetos de Maurevel, fueran por sí solo dos hechos bastante convincentes de la inflexible rectitud del Papado, que si estaba ganoso de ver establecida la unidad de doctrina en todo el mundo, jamás consintió en el empleo de medios reprochables, ni se doblegó nunca a las paganas doctrinas de la maquiavélica "raison d'état", según la cual, justificados quedan los pasos que nos conducen al apetecido fin. La matanza de la noche de San Bartolomé es un hecho histórico que sólo el desconocimiento de documentos y de escritores concienzudos de ambos bandos puede atribuir a manejos directos de la Santa Romana Iglesia, por lo que "TODA TEORÍA DE PREMEDITACIÓN O INTELIGENCIA CON ROMA, repetiremos con el protestante Soldan, ES YA CUESTIÓN MANDADA RETIRAR."

Q. Q. RUCHO.

COLEGIO DE STA. ROSA

AUTORIZADO Y RECONOCIDO POR EL GOBIERNO DE LAS ISLAS FILIPINAS

para expedir

DIPLOMAS Y TÍTULOS

dirigido por las

HIJAS DE LA CARIDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

Este Colegio tiene por objeto educar cristianamente a la juventud, dando a las niñas la educación intelectual, moral, religiosa y social propia para imponerlas en todos los conocimientos necesarios y útiles a la mujer en cualquiera de los estados a que está llamada en la sociedad.

Para mas informes dirigirse a la Madre Superiora.